

Explorando el papel sociocultural de las drogas en los años 90: conclusiones de una investigación

Domingo COMAS ARNÁU

RESUMEN

El artículo realiza una propuesta explicativa sobre los cambios producidos en el fenómeno del uso de drogas en España en los años 90, mostrando cómo tras una década de estabilidad caracterizada por la omnipresencia de una epidemia de heroína, se ha producido una diversificación, no sólo en los consumos, sino también en los hábitos y, lo que es más importante, en los referentes culturales de base. Para centrar la explicación se utilizan varios conceptos, como son "generación", "vulnerabilidad social" y "logro de objetivos", mostrando cómo la emergencia de una nueva generación muy preocupada por conseguir objetivos sociales aceptables, en medio de un creciente sentimiento de vulnerabilidad, explica la dualización de las estrategias frente a las drogas, la "inhibición puritana" por una parte y la "agresividad consumista" por otra. Se explicitan finalmente las consecuencias, para la intervención social, de tales cambios.

Objetivos, metodología y presentación del estudio

La investigación sociológica sobre drogas (legales o ilegales) se inició tardíamente en España con un primer

ABSTRACT

The socio-cultural role of drugs in the 90'. The results of a research.

This paper provides an explanation for change in the nature of substance abuse in Spain during the 1990's. The previous decade concerned itself only with the heroine epidemic, however there is now not only diversity in use but in habit and cultural references. Central to the nature of this explanation is the utilization of concepts such as "generation", "social vulnerability", and "success". The emergence of a new generation characterized by vulnerability and the attainment of social objectives explains the dual strategies used in the context of drugs; "puritan inhibition" and "aggressive consumption". Finally, this article explains the consequences for social counselling in the context of these changes.

estudio encargado a CIDUR-EDIS por el INJUVE en 1979 (CIDUR-EDIS, 1980), pero en los años siguientes aportó un considerable cúmulo de datos (COMAS, D., 1994: 33-47) a partir de los cuales se logró una cierta des-

cripción del fenómeno, sobre los que además se articularon las más relevantes medidas políticas de la década (PLAN NACIONAL SOBRE DROGAS, MEMORIAS 1986-1993). Sin embargo al llegar a los años 90 la investigación sociológica sobre drogas parecía sometida al "impasse" de los estudios reiterativos y los datos ya conocidos (AUTORES VARIOS, 1993: 27-28, 233-249), lo que en algunos casos se atribuía a condicionantes metodológicos y en otros al hecho de que el fenómeno se mantuviera estable y sin cambios significativos.

La posibilidad de que se estuvieran produciendo algunos cambios en el fenómeno surgió a partir de algunas publicaciones (ELZO, J., 1992: 183) y estudios (E-2005, CIS), sin que tales resultados modificaran la percepción y opciones de profesionales e instituciones.

En este contexto el INJUVE realizó una investigación (COMAS, D., 1994) con la que se pretendía comprobar si efectivamente se estaban produciendo cambios, comparando los resultados de la misma con otras investigaciones y recopilaciones similares realizadas en los años 80 (COMAS, D., 1985, y COMAS, D., 1990).

La investigación se basa en: una encuesta nacional (n=1.800), con una representación específica para ciertos "barrios" arquetípicos ("San Fermín" en Madrid, "La Torrassa" en Hospitalet del Llobregat, "Rekalde" en Bilbao, "Cabañal/Cañameler" en Valencia y "Pino Montano" en Sevilla); un trabajo cualitativo con cuatro grupos de discusión y una recogida sistemática de información de diversas fuentes (otras

encuestas, trabajos cualitativos y Base de Datos del CIS). Los resultados permiten sostener la tesis de que el fenómeno del uso de drogas se ha visto sometido a un intenso cambio a partir de 1992, mostrando, al mismo tiempo, cómo la década de los 90 nos va a ofrecer un perfil muy distinto del que nos tenía acostumbrados en los 80. En el análisis de los datos se estableció que el cambio se podía explicar desde una perspectiva diacrónica que relacionaba los inevitables desajustes entre: a) los niveles de desarrollo económico, b) la estructura de estratificación social y c) los valores culturales dominantes. Se utilizó el concepto de "generación" para comprobar cómo los tipos de socialización predominaban en cada una de ellas, así como su capacidad de consumo (simbólica o real) se relacionaba muy directamente con sus opciones en cuanto al uso de drogas legales e ilegales.

El proceso generacional

El cambio generacional

El grupo de jóvenes que fue objeto de la investigación había nacido entre 1964 y 1978, es decir, en la etapa del "desarrollismo" económico, siendo sus padres la generación que protagonizó la ruptura, en ocasiones traumática, con las normas y pautas de una sociedad tradicional, en las que habían sido socializados, para adaptarse a una sociedad de consumo. Estos jóvenes por el contrario han vivido la mayor parte de su vida en un Estado Democrático y en una

misma cultura, compartiendo con sus padres una apuesta por la modernidad.

Pero a pesar de haber crecido alrededor de una misma experiencia histórica, no son parte de la misma generación sino que aparecen dos segmentos distintos separados por una frontera imprecisa. Los mayores pertenecen a un grupo que prolonga sus efectivos hasta los treinta y cinco o cuarenta años; son aquellos que han sido capaces de percibir el cambio cultural y la transición política; quizás por ello aún conservan el sentido de algunos objetivos pendientes aunque no puedan definirlos; la desazón con la que viven este vacío les conduce hacia un desprendimiento de la realidad y a retraerse ante cualquier deseo. Mientras los más jóvenes se han sentido siempre sujetos de un mundo concluido y sin historia; situados en el seno de una realidad bloqueada, comienzan la inevitable construcción de una identidad cultural, una identidad que les permita adaptarse a la modernidad (MARTÍN SERRANO, M., 1994:17-49).

La generación emergente

Pero éste no es un proceso preciso y consciente, sino que incluso entre los propios adolescentes percibimos una generación sin unidad, quizás porque la tarea cultural es ingente, quizás porque la posible identidad histórica de la nueva cultura aún no está definida, quizás porque los Medios de Comunicación les están ofreciendo, constantemente, identidades ficticias. Se abre así una primera dualidad entre aquéllos que están construyendo la nueva cultura

y aquéllos que van transcurriendo en la comodidad de una identidad por delegación, la que les han proporcionado unos padres que protagonizaron el cambio.

En ambos grupos el tema de las drogas, tanto legales como ilegales, ocupa un lugar central. Conocemos bastante bien lo que hacen aquéllos que han recibido de sus padres el mensaje (implícito o explícito) de "transgredir" las normas y el rechazo hacia los límites, pero apenas sabemos nada sobre los jóvenes que reivindican límites y normas claras sin aceptar la actitud tolerante y paternalista de la anterior generación. Nos consta que usan menos drogas, pero también nos consta que el suyo es un rechazo poco motivado y sin alternativas viables, por lo que resulta fácil atribuirles valores tradicionales que a la vez son postmodernos. En cualquier caso, hagan lo que hagan, siempre lo harán con un argumento propio. Un importante cambio, tras muchos años en los que los jóvenes parecían no saber cómo expresarse.

Imágenes sociales: Vulnerabilidad, exclusión y marginación

En el texto del que se extrae este reflexión (COMAS, D., 1994) se utiliza el concepto de **vulnerabilidad** para referirse a aquella fracción social, pobre pero integrada, que se siente amenazada por procesos de exclusión.

Se trata de un amplio sector de la sociedad, cuyos límites no han sido es-

tablecidos, por cuanto los indicadores clásicos como el nivel de renta o de gasto, el desempleo, la estructura de la unidad doméstica o el acceso a las prestaciones sociales, estando relacionados con la vulnerabilidad, no son ya indicadores válidos de una estructura social que debemos captar **como una proyección subjetiva** (la percepción del grado de vulnerabilidad por parte del propio sujeto) **y dinámica** (su capacidad para hacer frente a las crisis).

En cualquier caso la fracción social vulnerable representa la "otra" gran mayoría social, que articula, con las clases medias no vulnerables, el actual sistema de estratificación social, al margen del cual sólo se mantienen las clases altas, los excluidos y una serie de grupos residuales.

Por su parte **la exclusión** tampoco es una categoría socioeconómica, ni tan siquiera ocupa un lugar en la estratificación social; la exclusión supone una determinada relación estructural con la sociedad: la imposibilidad de participar, de manera normalizada, en los procesos sociales.

Una parte, cada vez menor, de la exclusión hunde sus raíces en situaciones históricas colectivas (los grupos "marginados"), pero la mayor parte de los actuales excluidos protagonizan su propio proceso personal: alcohol, opiáceos, enfermedades mentales, abandono, rupturas y crisis familiares y otras incapacidades se acumulan bajo el común denominador de "mecanismos de exclusión".

Pero además, mientras el vulnerable (el pobre integrado), carece de un status simbólico, el excluido, lo mismo que el rico, posee un status simbólico preferente situado bajo la categoría me-

diática de "marginado". Nadie **mira** a los vulnerables, sean pobres o de clase media baja, porque respetan las reglas de la integración, porque no tienen un status simbólico; pero todos miran a los ricos, porque esta mirada permite describir los objetivos sociales y todos miran a los excluidos, porque esta mirada presenta el anverso, el fracaso.

Pero además, el visualizar la exclusión y sus efectos supone presentar la necesidad de los sistemas de control social, unos sistemas de los que los excluidos forman parte, con los que interaccionan y a los que explotan, pero que aterrorizan a los vulnerables (ERICKSON, R. V., *et al.*, 1987). La verdadera razón de la mirada, de la mirada solidaria inclusive, hacia los excluidos, reside en el control social de los vulnerables.

Desde la vulnerabilidad hay silencio porque no hay canales, pero no deja de haber realidad sociológica, una realidad que durante el período anterior, perdida la cultura tradicional y sin otro esquema cultural alternativo, ha supuesto falta de identidad: la mirada de los vulnerables sólo se dirigía por arriba hacia el logro de objetivos y por abajo hacia el infierno de los excluidos, pero que en este momento, cuando **la vulnerabilidad puede comenzar a concebirse como un estado permanente**, se plantea la manera de dotarse de una identidad.

Discurso social e identidad cultural

En el texto de referencia (COMAS, D., 1994: 25-31) se resume el proceso secuencial por el que diver-

Los discursos sociales se van incorporando al fenómeno de las drogas, observándose cómo cada discurso emergía a través de una constelación de factores que le conducían a un período de hegemonía, tras el cual adoptaba una función complementaria frente a otros discursos sociales emergentes.

El primer discurso fue el **periférico** (las drogas como una aparición extraña y extraordinaria), **hegemónico** hasta la primera parte de los años 80;

el segundo, el **técnico** (las drogas como un asunto de profesionales), que emerge en la primera mitad de los 80 y se convierte en **hegemónico** en la segunda; el tercero es el **estético** (las drogas como un ámbito de interés para promocionar imágenes públicas), emergente en la segunda parte de los 80 y **hegemónico** en los 90. Finalmente la investigación muestra la emergencia del discurso **puritano** en esta primera mitad de los años 90 (véase Tabla 1).

Tabla 1
Evolución cronológica del papel de los diferentes discursos sociales

	70	80a	80b	90a	90b
Periférico	Emergente	Hegemónico	Complementario	Complementario	Complementario
Técnico	-	Emergente	Hegemónico	Complementario	Complementario
Estético	-	-	Emergente	Complementario	Complementario
Puritano	-	-	-	Emergente	Hegemónico

Los diversos estudios del CIS nos van mostrando esta evolución. Así, en 1979/1980 (E. 1251 y E. 1263) las drogas eran un asunto de "jóvenes universitarios en las discotecas"; en 1988 (E. 1738) son un asunto de "marginales que viven en los barrios" y en 1992 (E. 2005) son un asunto "de cualquiera", pero "no de aquí".

A cada discurso social le ha correspondido, un tanto desplazada, el dominio de una teoría o explicación sociológica. Así, durante la etapa "periférica", en el centro teórico de la sociología dominaba el silencio institucional mientras en los márgenes interesados dominaban las referencias antropológicas de la "contracultura",

se leía a Wasson, a Castaneda, a Graves, a Harner y a mil autores hoy olvidados. Durante la etapa "técnica", en el centro teórico dominaban las referencias de la combinación entre Merton y el interaccionismo simbólico (exportadas al sistema judicial) y entre los "especialistas" la actividad epidemiológica. En la actual fase de predominio "estético", cualquier contenido se limita a ocupar una posición marginal derivada de su capacidad para procurar mensajes para los MCS. Pero paradójicamente ha sido en el momento en el que han dejado de solicitarse "explicaciones sociológicas" cuando ha sido posible intentar una nueva síntesis teórica.

Cambios en relación a las drogas

Consumo de tabaco

La actual generación de jóvenes escenifica un cambio de tendencia radical en relación al tabaquismo, se reduce el consumo y el número de los adolescentes que se inician en el mismo ha descendido de una forma muy importante; asimismo muchos jóvenes fumadores abandonan el hábito. La inflexión de la tendencia se produce coincidiendo con el cambio de década y proyectando los resultados se puede sostener la predicción de que en el año 2000 aparecerá una generación de adolescentes entre los que habrá descendido notablemente el consumo de tabaco.

Una parte importante del cambio de tendencia parece ser el resultado de la quiebra del proceso de feminización del tabaquismo que se había iniciado a finales de los años 70, de tal manera que, antes de llegar a las tasas de consumo de otros países, las mujeres españolas han comenzado a fumar menos.

El cambio de tendencia, la asimilación cultural de unas pautas de vida cotidiana que excluyen al tabaco, modifica esencialmente el papel que éste había venido desempeñando como "factor de iniciación y riesgo" en la secuencia de consumo de drogas, sin que tampoco sea indicativo de otras relaciones causales. Sin embargo el cambio de pautas es tan repentino y pronunciado que nos impide establecer cual puede ser, o está siendo, el papel del consumo de tabaco en la dinámica del consumo de otras drogas.

Consumo de alcohol

El comportamiento de los jóvenes en relación al alcohol ha seguido dos líneas divergentes: por una parte, se ha incrementado de forma notoria el número de abstemios, es decir, de aquellos jóvenes que no consumen nunca alcohol; pero por otra, el núcleo de los "grandes bebedores" también se ha ampliado y además ha aumentado su consumo medio. El resultado final es que los jóvenes de 1993 beben más alcohol que los de la década pasada, pero este consumo se ha concentrado en un grupo de "grandes bebedores".

También han cambiado de manera importante las pautas de consumo. Hasta los 20 años existe un consumo casi exclusivamente de fin de semana y, a partir de esa edad, se incorporan los días laborables, pero se sigue incrementando el consumo de fin de semana.

El efecto combinado de ambas tendencias ha producido el espectáculo del consumo masivo y callejero de alcohol los fines de semana, fenómeno que a su vez ha producido, por primera vez en la historia española, una cierta sensibilización de la opinión pública en relación al alcohol.

Pero sociológicamente el fenómeno de la abstinencia resulta casi más interesante, por sus implicaciones futuras, que el fenómeno del consumo masivo de fin de semana, el cual podría ser un simple efecto coyuntural relacionado con las dificultades (objetivas y subjetivas) en la emancipación de los jóvenes.

Debemos así tomar muy en cuenta que el grupo de los "nuevos abste-

mios" -que cabe relacionar con un sector de la vulnerabilidad- se caracteriza por una absoluta falta de identidad, por carecer de orientaciones ideológicas, sociales, culturales e incluso personales, pero también hay que ser consciente que esta situación no puede durar mucho tiempo y su "cultura del puro rechazo" acabará por desarrollar alternativas que cubran sus expectativas socioculturales.

Uso de drogas ilegales

Se ha estabilizado, sin decrecer, el uso de las drogas ilegales que se fueron incorporando a nuestra realidad en los años 70 y 80; no ha cuajado como nueva droga el "crack", pero ya en los años 90 ha emergido, de manera repentina y proporcionalmente masiva, una serie de drogas químicas, casi todas ellas derivados anfetamínicos, que circulan en el mercado negro como drogas de diseño, speed o extractos de plantas alucinógenas.

No existen variables sociodemográficas, salvo las de sexo y edad, que nos permitan hacer un diagnóstico de los procesos y los elementos que conducen al uso habitual de drogas. Sin embargo, trasladadas las variables del modelo a un espacio local (los "barrios" analizados particularmente en la investigación) se pueden obtener relaciones significativas distintas en cada caso.

La única explicación plausible del fenómeno del uso de drogas se sitúa a la vez en un contexto macrosocial de carácter histórico: la incorporación del complejo cultural de cada droga y su permanente redistribución social. Así como, en un contexto microsocio-

características particulares del entorno en el que cada sujeto vive y que influye sobre su proceso particular.

La explicación macrosocial que relata la evolución del fenómeno otorga sentido a los elementos del proceso en el ámbito local, pero la diversidad microsocio- nos impide desarrollar un constructo sociológico unitario al margen del ritmo en que cada contexto microsocio- va asumiendo los rasgos evolutivos.

El proceso social de las drogas

Logro de objetivos e incompetencia personal

Las drogas, tanto las legales como las ilegales están en la sociedad porque poseen funciones sociales positivas básicas, son un símbolo de status personal que posibilita la integración y la plena participación en la sociedad de consumo.

El uso de drogas, ni siquiera el uso experimental o habitual de drogas ilegales, no constituye una conducta subterránea, sino que representa valores sociales positivos y explícitos, son objetivos esenciales para cualquier joven: tener amigos, sentirse parte de la colectividad, tener relaciones sexuales y pareja (BASABE, N., y PÁEZ, D., 1992: 125-142).

Sin embargo, por sus propiedades las drogas entrañan ciertos riesgos, pueden incluso producir exclusión, en especial el alcohol y algunas ilegales. Tales riesgos influyen en una doble selección: por un lado invitan a muchos a

"no atreverse" y por otro señalan a aquellos que "no saben controlarlos". Estos últimos "demuestran" o ponen así en evidencia su "incapacidad e incompetencia social". Las drogas permiten descubrir a las "personalidades inmaduras" y evitan así que una serie de sujetos logren unos objetivos sociales que no les corresponden y desde los cuales podrían ejercer una acción perniciosa, ejerciendo así las drogas un papel instrumental desde la perspectiva de un cierto "darwinismo social".

No debemos obviar que, con independencia de este proceso social central, siempre han existido "circuitos ajenos" en los que las drogas cumplen otras funciones, principalmente por causas físicas, económicas, étnicas y religiosas, pero se trata de minorías, muy diferentes entre sí, y que también miran (y se miran o participan) en el proceso social de las drogas, aunque sus comportamientos sean muy diferentes.

La pluralidad de la oferta

Pero las drogas en la sociedad de consumo no se presentan como sustancias que crean dependencia, como una categoría única, sino como sustancias diversas, supuestamente ligadas a distintas opciones, rituales e identidades.

Es la "política de marcas" que describen Cavanagh y Clairmonte, en relación al alcohol: unas pocas multinacionales controlan un sector en el que existe muy poca variación en el producto, sin embargo presentan una infinidad de marcas, con el mismo contenido y a precios muy diferentes, porque

el producto en sí apenas tiene valor siendo su coste de producción irrisorio. Venden un intangible, la marca, ligada a otros costes (publicidad y promoción) y que se adquiere por su capacidad para producir a la vez dependencia (placer/necesidad) e identidad social (CAVANAGH, J., y CLAIRMONTE, F., 1988).

Los fines de semana, por la noche, todos los ciudadanos pueden adoptar una máscara, más o menos al margen de su status, y consumir drogas. Consumir sustancias supuestamente diferentes, intangibles, con un alto valor añadido, como una marca de whisky o el nombre mágico de una pastilla. Todas las máscaras **miran** lo que hace el otro y al mirar le clasifican en una escala de capacidad de consumo, una capacidad que otorga el observador y que legitima las posibles identidades.

Pero las identidades son un puro espectáculo: bakaladeros, rappers, rokers, skinheads puros, skinheads redskins, skinheads sharps, punkies, heavies, mods, pijos, calorros, skaters, neohippies...; nombres de elencos artísticos, de una minoría, que interpreta su papel, su supuesta diversidad, para incitar al consumo. En cada momento, en cada sitio, para cada posible audiencia, alguno adquiere relevancia, se pone de moda y proporciona un mayor prestigio a sus seguidores y más ingresos al elenco.

Así en 1994 los grunges (una fracción neohippie) obtienen un gran éxito de audiencia y hasta se atreven a presentarse como los genuinos representantes de "la juventud" (la "generación X"), lo que produce dos efectos: a) de-

saparecen como referente de la noche y de las drogas, pues ya no pueden ofrecer una identidad particular y b) los autores grunges convierten sus obras en éxitos de audiencia que consumen los adultos que creen así "conectar" y recuperar su adolescencia.

Al final, ¿diversidad para que? Para hacer lo mismo, para consumir y utilizar las mismas drogas, con rituales similares pero sintiéndose diferentes, para confundir su identidad con su identificación, para seguir manteniendo "el gran intangible" (alcohol, tabaco, drogas ilegales, música, locales y diseño), el primer sector económico en una sociedad de consumo.

Un ritual de doble vínculo

Cuando el sujeto-máscara paga por un intangible, por una droga con marca, no realiza un acto gratuito, carente de sentido; todo lo contrario, paga por un rito iniciático del que piensa obtener sólidas ventajas sociales. Pero también es un rito de doble vínculo por cuanto inevitablemente corre el riesgo de perderlo todo. No se trata de una apuesta, no se sumerge en la liminalidad de un rito de paso para emerger definitivamente como "victorioso" o como "fracasado", sino con un doble contenido que va a acompañarle de por vida.

El precio real por el objetivo social deseado es la contaminación permanente y el riesgo de la exclusión.

¿Quién realiza o repite el ritual con mayor frecuencia? ¿Quién corre con los riesgos de la contaminación o la exclusión? Por una parte, el sujeto que compartiendo los objetivos socia-

les tienen mayores dificultades para alcanzarlos, es decir, el vulnerable, el pobre integrado; pero, por otra parte, el sujeto que corre menos riesgos o al que le importa menos quedar contaminado, es decir, el rico o el que ya está excluido.

Los resultados de las distintas opciones

Pero cuando los objetivos sociales son poco deseables, cuando el sujeto dirige su mirada hacia otros valores culturales, la identidad que otorga el rito se desdobra. La abstinencia no es sólo la opción de aquel que se aparta, sino que implica mucho más, significa que se está construyendo una identidad cultural distinta, pero que **sabe** del procedimiento y que reconstruye sus vivencias **también** a partir de este conocimiento. Las drogas se convierten, por exceso o por defecto, en el medio estratégico para refrendar la respuesta puritana (MENÉNDEZ, E. L., 1987: 96-114).

Es viernes por la tarde; el doctor Jekyll se plantea si bajar o no al laboratorio a tomar el bebedizo; hace unos años (COMAS, D., 1986:44-47) bajaba siempre, porque el laboratorio representaba el lugar preferente de las relaciones sociales. Bajar al laboratorio suponía realizar una inmersión social, acceder a los bebedizos, conseguir los objetivos de señor Hyde al precio de la contaminación y la posible dependencia. Hoy, Jekyll se lo piensa. Por una parte teme y odia a Hyde, aunque esto no fue nunca obstáculo, pero ahora mira a su alrededor y decide que su mundo también está lleno de objetivos de-

seables. Se han vuelto deseables porque los objetivos del laboratorio, y del bebedizo, son demasiado conocidos.

¿Qué van a hacer los jóvenes, especialmente los jóvenes situados en el área de la vulnerabilidad? ¿Perseguir los objetivos sociales, o reconstruir su propio mundo cultural? En algunos casos optarán por lo primero y seguirán padeciendo los riesgos de las drogas, en otros por lo segundo y padecerán una **cultura puritana**. No caben salidas intermedias; estamos en una sociedad en la que priman determinados valores y objetivos sociales, podemos aceptarlos o rechazarlos, de la misma manera que podemos usar o no drogas, pero no podemos ignorar que éstos son los objetivos sociales, de la misma manera que no podemos olvidar que las drogas existen.

Las posibilidades, sin embargo, son muchas: podemos imaginar a un sector de jóvenes vulnerables y puritanos, que se enfrenta a drogodependientes vandálicos con ideología de extrema derecha, podemos imaginar una sociedad de mujeres puritanas y hombres que tienen prescrito transgredir con las drogas, podemos imaginar un mundo mucho más complicado donde todo sean máscaras, falsas identidades, meras identificaciones, a las que uno se va adaptando y para las que tiene siempre abierta la vía de las drogas.

Posibilidades de intervención

¿Que hacer con la prevención?

El conocimiento del fenómeno de

las drogas, la justificación del empleo de los recursos económicos destinados a conocerlo, se refiere a una necesidad institucional: la planificación de políticas preventivas, es decir, políticas públicas para prevenir el uso de drogas y los problemas relacionados con las drogodependencias.

Pero debemos plantearnos si "es posible la prevención", máxime cuando los referentes más usuales en el centro teórico insisten en la "inutilidad de la prevención" y que "la única prevención posible es una buena política social" (LAMO DE ESPINOSA, E., 1989: 44-46), aunque también es cierto que desde la periferia especializada siempre se ha considerado, más implícita que explícitamente, que la prevención es útil, necesaria y eficaz (COMAS, D., ESPÍN, M., y RAMÍREZ, E., 1992: 11-14 y 529-540).

En ambos supuestos subyace la falacia de "la prevención como respuesta y solución a los problemas" que se interpreta, bien desde el supuesto liberal de la sociedad que se autoregula, bien desde el supuesto de una sociedad que se puede planificar y regular. En el primer caso la intervención carece de efectos, en el segundo sólo cabe rediseñar las intervenciones cuya mala gestión esta produciendo los problemas.

Para evitar la contradicción sólo nos cabe incluir un **factor moral**: el derecho individual a la protección social, entendido como **capacitación** personal para la selección de objetivos sociales y los caminos para alcanzarlos. Un grado de competencia tal, en una sociedad compleja, entre opciones culturales distintas y hasta antagónicas,

sólo se logra con "una gestión pluralista del bienestar social" (AUTORES VARIOS, 1993: 82-94).

Macropolíticas y microintervenciones

¿Cuál es el objetivo social general? Si nos conformamos con una sociedad dual, es fácil conseguir que muchos jóvenes aprendan a decir NO y a mantenerlo en público, pero así no se reduce el uso de drogas sino que se le aísla, incrementándose la exclusión. En cambio, si queremos una sociedad más integrada y reducir (prevenir) el uso de drogas, deberemos considerar y respetar la complejidad social.

Tal respeto imposibilita determinadas intervenciones. Así, la prevención desde el nivel macro no es posible, por cuanto con un objetivo particular (las drogas) no podemos subvertir el orden de los objetivos generales. Resulta impensable modificar las condiciones de la estratificación social, la economía de mercado, las prácticas de socialización y la cultura dominante...porque queremos "prevenir las drogodependencias".

Así las intervenciones generales (macro) sólo pueden insertarse en procesos ideológicos, consolidando segmentos y discursos excluyentes y exclusivistas sin ninguna virtualidad preventiva; por ejemplo, los "nuevos puritanos" encuentran sus argumentos en las campañas y actividades "contra la droga", mientras los usuarios hacen, de estas mismas campañas, el argumento de sus rituales tribales.

Pero en lo micro, en los pequeños grupos sociales, en lo que se viene llamando equivocadamente "la comunidad",

la intervención es posible, siempre que se trate de una intervención adecuada al medio, a cada espacio; por ejemplo en un barrio que maneje un status simbólico de contaminación la intervención deberá centrarse en el desarrollo de mecanismos de resistencia, mientras que un barrio que maneje un status simbólico puritano la intervención deberá orientarse hacia la eliminación de estereotipos.

Por ello es necesario "formar" ciudadanos, mediadores y profesionales competentes en la materia, capaces de enfrentarse al tema sin generar un status simbólico reivindicativo en relación a las drogas, ni el discurso de la contaminación ni el de la exclusión.

El papel de los Servicios Sociales ante la nueva realidad.

Resulta evidente, y otros autores lo muestran en estas mismas páginas, que los Servicios Sociales han perdido en los años 80 una oportunidad histórica en relación al tema de las drogas. No cabe aquí analizar ni las causas, ni las circunstancias, ni por supuesto las responsabilidades, pero sí cabe decir que no fue por falta de un diseño intencional preciso (COMAS, D.; GARCÍA, A., y GRAÑA, J. L., 1986), ni otras oportunidades. En los años 90, ante una realidad mucho más compleja, repleta de contradicciones, alejada de los ámbitos de actuación tradicional de los Servicios Sociales y ante la que otros niveles de intervención y profesionales han tomado ya posiciones, parece har- to difícil recomponer la misma oportunidad.

Sin embargo la nueva situación posee sus ventajas: mientras en los años 80 la relación entre Servicios So-

ciales y drogas se planteaba en términos de globalidad al tiempo que la red de Servicios Sociales se estaba consolidando, en los años 90 su posible intervención aparece mucho más segmentada, limitándose a dos campos: a) prevención comunitaria y, b) integración social.

En ambos casos, además, su intervención resulta complementaria, por cuanto, en el caso de prevención el referente principal se situará inevitablemente en el ámbito escolar (y también de forma complementaria en el asociativo-participativo) y en el caso de reinserción social ya no se tratará de una mayoría de drogodependientes sino sólo aquellos (cada vez menos) que indiquen una problemática social, para la que, aún con independencia de su adicción, requerirían una intervención social. Obviamente este papel complementario parece más fácilmente asumible, pero al mismo tiempo es un papel prescindible, sobre el que tendrán que tomar una decisión los Servicios Sociales y los profesionales que trabajan en los mismos. No es una decisión sin más, por cuanto requiere una cierta instrumentalización y cambio de mentalidad (CARRÓN, J., COMAS, D., JIMÉNEZ, A., 1995: 167 y sig.), pero es en cualquier caso una decisión de la propia red y sus profesionales.

Bibliografía

AUTORES VARIOS (1993), *DROGODEPENDENCIAS: PERSPECTIVAS SOCIOLÓGICAS ACTUALES*, Madrid, Colegio de Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas y Sociología.
BASABE, N. y PÁEZ, D. (1992), *LOS JÓVENES Y*

EL CONSUMO DE ALCOHOL, Madrid, Fundamentos.
CARRÓN, J., COMAS, D. y JIMÉNEZ, A. (1995), *LOS PROGRAMAS DE INTEGRACIÓN SOCIAL DE DROGODEPENDIENTES*, Madrid, GID.
CAVANAGH, J. y CLAIRMONTE, F. (1988), *ALCOHOL Y PODER DE LAS MULTINACIONALES*, Londres, Croom Helm.
CIDUR-EDIS (1980), *JUVENTUD Y DROGA EN ESPAÑA*, Madrid, Ministerio de Cultura, Dirección General de la Juventud.
COMAS, D. (1985), *EL USO DE DROGAS EN LA JUVENTUD*, Madrid, Ministerio de Cultura, INJUVE.
COMAS, D. (1986), *LAS DROGAS: GUÍA PARA MEDIADORES JUVENILES*, Madrid, Ministerio de Cultura, INJUVE.
COMAS, D. (1990), *EL SÍNDROME DE HADDOCK: ALCOHOL Y DROGAS EN ENSEÑANZAS MEDIAS*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, CIDE.
COMAS, D. (1994), *LOS JÓVENES Y EL USO DE DROGAS EN LA ESPAÑA DE LOS AÑOS 90*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales, INJUVE.
COMAS, D.; GARCÍA, A. y GRAÑA, J.L. (1986), *DROGODEPENDENCIAS E INTEGRACIÓN SOCIAL*, Madrid, Ministerio de Trabajo, Dirección General de Acción Social.
COMAS, D.; ESPIN, M. y RAMÍREZ, E. (1992), *FUNDAMENTOS TEÓRICOS EN PREVENCIÓN*, Madrid, Fundamentos.
ELZO, J. (1992), *EUSKADI ANTE LAS DROGAS 92*, Vitoria, Gobierno Vasco.
ERICSON, R.V., BARANEK, P.M. Y CHAN, J.L.B. (1987), *VISUALIZING DEVIANCE: A STUDY OF A NEWS ORGANIZATION*, Toronto, University Press.
LAMO DE ESPINOSA, E. (1989), *DELITOS SIN VÍCTIMAS: ORDEN SOCIAL Y AMBIVALENCIA MORAL*, Madrid, Alianza.
MARTÍN SERRANO, M. (1994), *HISTORIA DE LOS CAMBIOS DE MENTALIDADES DE LOS JÓVENES ENTRE 1960-1990*, Madrid, INJUVE.
MENÉNDEZ, E.L. (1987), *LA ALCOHOLIZACIÓN, UN PROCESO OLVIDADO: PATOLOGÍA, INTEGRACIÓN FUNCIONAL O REPRESENTACIÓN SOCIAL*, México, Cuadernos de la Casa Chata.

Domingo COMAS ARNAU
Universidad Autónoma de Madrid
Grupo Interdisciplinar sobre Drogas